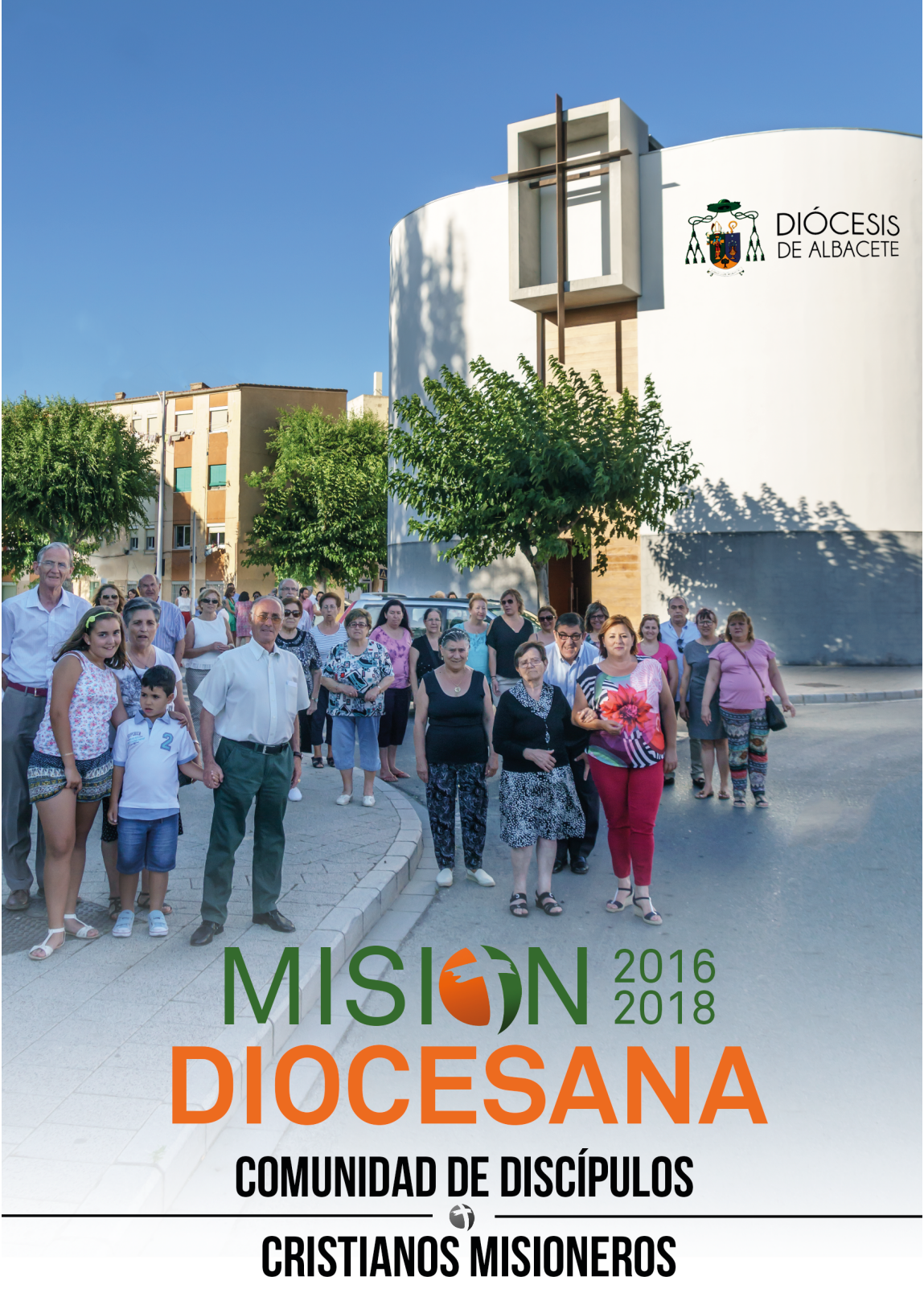




DIÓCESIS
DE ALBACETE



MISION  2016
2018
DIOCESANA

COMUNIDAD DE DISCÍPULOS


CRISTIANOS MISIONEROS

INDICE

1. ¿Qué es eso de una Misión Diocesana?.....	3
2. ¿Por qué una misión? Motivación.....	3
3. ¿Para qué la Misión? Objetivos.....	5
4. ¿Quién promueve, convoca y anima la misión?.....	6
5. ¿Quiénes son los misioneros? Protagonistas.....	6
6. ¿A quién va dirigida? Destinatarios.....	8
7. ¿Y como lo vamos hacer? Manual de estilo.....	8
8. Proceso. Señas de identidad.....	9
9. Itinerario y etapas.....	10
I. Preparación.....	11
II. Presentación, motivación, difusión y formación de grupos.....	12
III. Comunidad de discípulos.....	13
IV. Iglesia misionera.....	16
V. Continuidad.....	18
Anexo: Una mirada compasiva a nuestro mundo.....	20

¿Qué es eso de una Misión Diocesana?

En nuestra Diócesis de Albacete, durante 5 años, hemos estado trabajando con un Plan Diocesano de Pastoral basado en la renovación y la evangelización. Llega ahora el momento de iniciar una “Misión Diocesana”.

Será un gran impulso del Espíritu Santo que nos va a mover a todos para que entremos juntos en un recorrido misionero, que primero avivará nuestra conciencia de discípulos del Señor y después nos va a poner en actitud de salida para llevar la alegría del Evangelio a nuestros hermanos y hermanas en cada una de nuestras parroquias y ambientes.

¿Por qué una misión? Motivación

La Iglesia siempre fue evangelizadora. Nació de la evangelización y para evangelizar. Jesús no hizo otra cosa que anunciar, llamar, testimoniar y realizar con su vida, muerte y resurrección la Buena Nueva del amor de Dios que nos salva, esto es, que nos da vida en plenitud.

“¡Ay de mí si no evangelizara!”

(1Cor 9,16).

No evangelizamos porque ahora la situación esté peor, sino porque de no hacerlo no seríamos discípulos de Cristo, no habríamos entendido el carácter universal y generoso de su mensaje, ni habríamos llevado a su última consecuencia la dicha de haber creído en el Evangelio de Jesucristo: “¡Ay de mí si no evangelizara!” (1Cor 9,16).

Sin embargo, es cierto que nuestro momento exige un mayor ímpetu misionero. Vivimos una época que tiene sus propias y especiales dificultades a la hora de anunciar nuestra fe cristiana. Por un

lado, la cultura de nuestras sociedades occidentales está marcada por una resistencia u opacidad al misterio de Dios y su gracia en la historia. Por otra parte, las inercias de una Iglesia acostumbrada a ser mayoritaria impiden el dinamismo que la misión exige.

Por todo ello, tanto el papa Francisco (Evangelii Gaudium) como antes el beato Pablo VI, san Juan Pablo II y Benedicto XVI, nos han propuesto la evangelización como tarea prioritaria de la Iglesia. La Misión Diocesana intenta responder a dicha interpelación.

Una síntesis de la situación social que nos encontramos hoy la podemos ver en el capítulo 2 del Plan Pastoral de la CEE. Un resumen de esta Misión lo puedes encontrar en el anexo de la página 20.

¿Para qué la Misión? Objetivos.

1 IMPULSO MISIONERO

El objetivo de la Misión es imprimir a nuestra Iglesia diocesana, es decir, a todas sus comunidades y agentes de pastoral, un impulso misionero que, a partir de un tiempo intensivo de oración, formación, acción y celebración de nuestra fe, logre crear un clima permanente de evangelización en nuestras parroquias y movimientos.

2 DESPERTAR LA CONCIENCIA

Para conseguir este objetivo habremos de saber despertar la conciencia de discípulos de Cristo y por ello, ser auténticos misioneros en cuanto bautizados y miembros de la Iglesia, y en consecuencia, corresponsables todos de su fin.

3 CAMBIAR ACTITUDES

Pero el discipulado es imposible sin unas comunidades de referencia que susciten, acompañen y envíen misioneros a trabajar en la viña del Señor. Sin una conversión pastoral de la Iglesia, que logre cambiar actitudes, instituciones, estilos, lenguajes y horarios, será muy difícil conseguir ese estado de misión que es el natural de la Iglesia discípula de Cristo.

4 ESTILO MISIONERO

El objetivo final será que nuestras parroquias incorporen a su ritmo de trabajo y a sus tareas pastorales un estilo misionero que haga de la evangelización una línea permanente y transversal a todas sus tareas y objetivos

¿Quién promueve, convoca y anima LA MISIÓN?

En toda la Diócesis la convocatoria la hace el Obispo, que prepara y coordina la Misión con una comisión diocesana; ésta será la responsable de animar, coordinar, seguir la marcha y evaluar la preparación y realización de la Misión Diocesana Evangelizadora. La Misión es una acción que se hace en cada parroquia con la participación activa, consciente y responsable de todos sus miembros y con la ayuda de unos equipos que se formarán en cada parroquia y arciprestazgo.

¿Quiénes son los misioneros? Protagonistas.

Siguiendo el Concilio Vaticano II, es todo el Pueblo de Dios el responsable de la única y común misión de la Iglesia: anunciar el Evangelio con palabras y obras.

COMUNIDADES DE LA DIÓCESIS

Por eso, la Misión Diocesana debe involucrar a toda la comunidad y a todas las comunidades de la Diócesis: parroquias, arciprestazgos, movimientos, delegaciones diocesanas, secretariados, congregaciones religiosas... Este protagonismo corres-

ponsable de todos los miembros de la Iglesia Diocesana deberá expresarse en objetivos e iniciativas para todas las edades, (niños, jóvenes, mayores) y en todos los ámbitos de la acción pastoral: catequesis, liturgia, caridad, espiritualidad y formación.

FORMACIÓN Y PREPARACIÓN

Aunque en cada parroquia será el Consejo de Pastoral el encargado de planificar su propia Misión, será necesario formar unos agentes específicos que nos ayuden a animar y realizar el plan de la Misión Diocesana, serían los equipos misioneros.

El Obispo y la Comisión de la Misión Diocesana se encargarán de la preparación de la misma, de su coordinación y evaluación. Esto no impide que en todo momento seamos conscientes de la iniciativa del Espíritu Santo.

“Si bien esta Misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es, ante todo, de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. Jesús es «el primero y el más grande evangelizador»“

(Evangelii Gaudium 12)

¿A quiénes va dirigida? **Destinatarios.**

Aunque los destinatarios últimos de la Misión son todos los hombres y mujeres que quieran oír el mensaje esperanzador del Reino de Dios, especialmente los pobres, los enfermos y las personas abatidas, nuestra primera finalidad es remover la conciencia creyente de nuestras comunidades, reactivar el sentido misionero de la fe y movilizar las energías evangelizadoras en todas nuestras acciones pastorales.

remover

la conciencia creyente

reactivar

el sentido misionero

movilizar

las energías evangelizadoras

Si conseguimos ese impulso evangelizador, la Misión Diocesana podrá establecer, a través de las iniciativas que programemos, puntos de encuentro y comunicación con la sociedad, los medios informativos, la escuela, las instituciones públicas y las numerosas asociaciones que canalizan la participación.

¿Y cómo lo vamos a hacer? **Manual de estilo.**

Oración, escucha de la Palabra, trabajo en grupo, formación y celebraciones son las principales herramientas y serán nuestras principales actividades. Pero impregnadas por un común estilo basado en el doble movimiento de nuestro lema y del Plan de la

Misión en dos grandes momentos: discipulado y misión, seguimiento y anuncio, comunidad y envío.

Tendremos muy en cuenta que nuestra sociedad requiere un lenguaje directo y convincente. Por ello pondremos sumo cuidado en plantear acciones atractivas y emplear las nuevas tecnologías, al mismo tiempo con aprecio a nuestra tradición, como lo expresarán la cruz misionera, la religiosidad popular y el patrimonio artístico.

Proceso Señas de identidad.

Es Misión todo el tiempo que dure la misma, tanto la preparación y sensibilización, como el desarrollo y su continuidad.

Es prioritario que la Misión implique al máximo de agentes y alcance al máximo de destinatarios.

La misión se irá haciendo en un itinerario que va:

- * De lo individual a lo comunitario
- * De lo eclesial a lo social
- * De lo espiritual y formativo a la acción y el primer anuncio.

Más que llegar directamente al primer anuncio, nos interesa generar en nuestras comunidades la inquietud, formación y vocación misioneras para que todos seamos evangelizadores y podamos realizar con nuestras vidas ese primer anuncio.

Itinerario y etapas.

I. Preparación

(Enero—Junio de 2016)

II. Presentación, motivación, difusión y formación de grupos

(Septiembre-Adviento y Navidad de 2016). Teniendo el día 8 de Diciembre de 2016 como fecha clave de celebración e impulso diocesano.

III. Comunidad de discípulos

(8 de Diciembre de 2016—8 de diciembre de 2017)

IV. Iglesia misionera

(8 de diciembre de 2017—Cristo Rey de 2018)

V. Continuidad

Programación misionera.

I. Preparación.

1. La Comisión Diocesana de la Misión, formada por el Obispo, los vicarios, los delegados diocesanos y dos arcepresbiteros (uno de la ciudad y otro del medio rural) elaboran y presentan el Plan de la Misión Diocesana de Albacete a la comunidad, al Consejo Presbiteral, y al Consejo Diocesano de Pastoral y a todos los sacerdotes.

Como medio de formación-oración a lo largo de toda esta Misión asumiremos los materiales y cursos de la “Lectio divina de la Casa de la Biblia/Editorial Verbo Divino, colección Palabra y Vida”, en especial el del Evangelio de Marcos (para el discipulado) y el de los Hechos de los Apóstoles (para cristianos misioneros).

2. Se crean los equipos encargados de elaborar los guiones formativos (espirituales y pastorales) para las parroquias. El equipo de la Escuela de Evangelizadores sería el encargado de formar a los Animadores, que acompañarán a su vez los Equipos Misioneros.

3. Se elabora el logotipo y el material de difusión (carteles, folletos, cuñas para la radio, recordatorios de la Misión, etc.)

4. Las Delegaciones y Movimientos estudian y programan la realización de la Misión Diocesana en sus respectivos ámbitos.

«La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan»(Evangelii Gaudium 24)

II. Presentación, motivación y difusión.

1. Obispo

- Carta Pastoral

2. Diócesis

- Presentación a los sacerdotes en la convivencia de septiembre de 2016.
- Curso de Lectio Divina para animadores, en octubre.
- Inicio de la Misión: acto diocesano el 8 de diciembre.

3. Delegaciones y secretariados

- Encuentros de agentes de pastoral por sectores para presentar y motivar la Misión: catequistas, grupos de liturgia, equipos de Cáritas, jóvenes, docentes...
- Elaborar y presentar materiales que sirvan para los distintos momentos de la Misión según edades y sectores de pastoral.

4. Zonas Pastorales

- Crear y poner en marcha los Equipos Misioneros de Zona o arciprestales, encargados de animar la programación de la Misión, en los arciprestazgos de esa vicaría.

5. Arciprestazgos

- Los Arciprestazgos programan y supervisan la Misión para cada parroquia en coordinación con los Consejos de Pastoral de las mismas, además de acordar actividades comunes, de modo especial la Escuela de Evangelización.
- Escuela de Evangelización: programar su creación y desarrollo.

6. Parroquias

- Realización en todas las parroquias de unas Témporas de la Misión (octubre) como oración motivadora y arranque espiritual.
- Difusión de la Misión en su territorio.
- Formación de grupos
- Planificación en los Consejos de Pastoral de la realización de la Misión.
- Vigilia de la Inmaculada (2016): Inicio de la Misión Diocesana.

III. Comunidad de discípulos de Cristo.

a) ¿Qué hay que hacer? CONVOCAR

En esta etapa que, que llamaremos “comunidad de discípulos”, queremos hacer las cosas como las hizo Jesús: “Jesús subió al monte, llamó a los que quiso, y se fueron con Él. E instituyó doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios”. (Mc 3, 13-15)

Ahora toca estar con Él, personal y comunitariamente. Juntos hemos de crear en nuestras parroquias lo que el Papa Francisco llama “espacios motivadores”: encuentros en los que ir aprendiendo poco a poco a ser “evangelizadores con espíritu”. Estos encuentros de la misión serán de oración, de reflexión, diálogo, de escucha de la Palabra de Dios, de vida sacramental intensa, pero siempre con una mirada a la reali-

dad, que es la vida de nuestros hermanos y hermanas, a los que queremos ofrecer la alegría de conocer y amar a Jesús. Por tanto, incluimos estos tres aspectos o dimensiones: Espiritualidad, formación y actividades (Ver pág. 15).

El grupo de aquellos que en cada parroquia van a animar las sucesivas etapas de la Misión irá creciendo en sentido comunitario.

b) ¿Con qué materiales haremos todo esto?

- Cuadernos del animador y del participante de la Casa de la Biblia. Editorial Verbo Divino. Colección Palabra y Vida. “Lectio Divina del evangelio de Marcos”.
- Evangelii Gaudium.
- Los que se vean necesarios para ir desarrollando los aspectos indicados en el cuadro siguiente.

Retiros misioneros

Adviento y Cuaresma

**Niños: Catequesis de iniciación
a la espiritualidad**

Vigilias de oración

Hora santa y Pentecostés

Jóvenes

Ejercicios Espirituales

24 horas con el Señor

01

Espiritualidad

Escuela de evangelizadores

Equipos misioneros

**Encuentro Diocesano
sobre el discipulado**

Itinerarios del discípulo

Jóvenes y adultos

Hoja Dominical

Liturgia: En comunidad

02

Formación

Semana de Cáritas

**Gesto solidario
diocesano**

**Encuentro con
Asociaciones**

Arciprestazgo: peregrinación

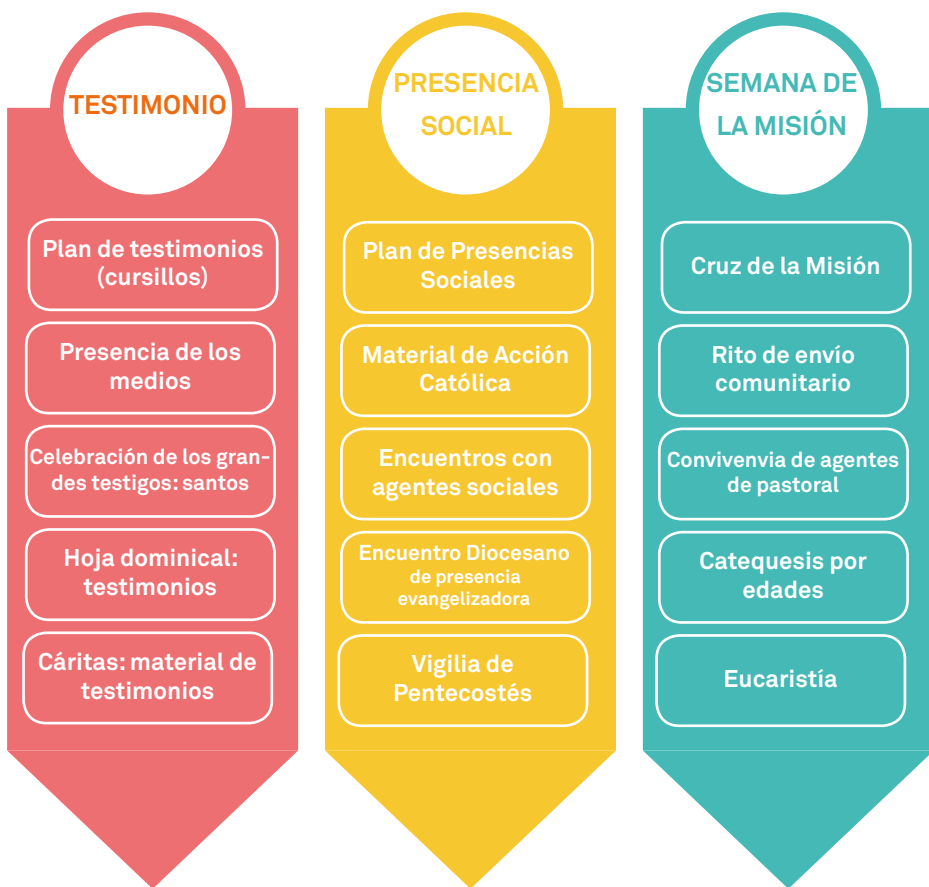
Buzoneo por Navidad y Pascua

03

Actividades

IV. Iglesia misionera. Discípulos que anuncian el Evangelio.

“Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se vuelve sosa no sirve para nada. Vosotros sois la luz del mundo”. (Mt 5,13).



LO MEJOR DE NOSOTROS

De cómo se haga el Año del discipulado va a depender mucho el clima y el desarrollo del año de la Misión. Por eso es necesario cuidar, poniendo lo mejor de nosotros mismos, la preparación parroquial de la Misión: con ella sembraremos en el terreno ricas semillas de fe y amor a Cristo y, sobre todo, con la preocupación misionera por todos nuestros hermanos y especialmente

por los más alejados. Hemos de pensar que la Misión “no la hacen otros”, la hacemos nosotros en cada parroquia. En concreto, la semana misionera nos va a ayudar, pero todo será más fácil, más ágil y más abundante si hemos preparado muy bien, sobre todo con calidad espiritual y evangelizadora, el clima que se necesita para que una misión dé sus frutos.

SEMANA DE LA MISIÓN

La llamada “Semana de la Misión” se hará – normalmente- a lo largo de una semana, que será en cada parroquia de nuestros pueblos y ciudades intensamente misionera. Cada parroquia organizará (según sus posibilidades) actividades dirigidas a diversos destinatarios en distintas horas y lugares. Las actividades tendrán un contenido diverso, que podrá variar en cada lugar, pero conviene que sea fiel a un esquema básico:

oración, diálogo, catequesis, actividades, celebraciones, encuentros, etc.

En cada actividad que se haga hemos de cuidar que todos se sientan a gusto; para eso han de ser bellas, alegres, profundas, provocadoras, con calor religioso y que animen el corazón creyente de los que esperan encontrar a Cristo en la Iglesia a través de esas experiencias.

LA MIRADA A LOS ALEJADOS

Es cierto que muchas de las acciones que se programen en la semana de la Misión, y a lo largo de este año, irán dirigidas a personas que están más o menos relacionadas con la parroquia, pero la mirada ha de dirigirse a los más alejados y siempre con una pregunta: ¿Cómo les vamos a hacer llegar la invitación a participar en la Misión? ¿Quiénes les van a invitar personalmente? Y naturalmente hemos de preguntarnos: ¿qué necesitan esos destinatarios?

Porque siempre somos conscientes de que tenemos mucho que ofrecerles, en especial: “la alegría del Evangelio”.

Desde los más cercanos hasta los más lejanos habrá que ir llegando, poco a poco a todos, incluso los más alejados. No se puede olvidar la presencia en los diferentes ambientes sociales, culturales, familiares, etc. También tenemos que pensar en mayores, enfermos, familias, jóvenes, niños, etc.

MIRAR A LA CALLE

La Misión es salida, por eso cuanto más miremos a la calle, mejor. Poca Misión haríamos si nos reducimos a nuestros templos y centros pastorales. Por eso, conviene mirar primero a la calle, después a las casas, después a los centros culturales, educativos, pastorales. El templo es el lugar de encuentro para la oración y la celebración. Todo ha de hacerse con el “ruido” que nos permitan las cir-

cunstancias. Es importante ver con qué medios hemos de llamar la atención antes, durante y después del periodo misionero en cada parroquia.

En esta etapa, entre otras actividades, se realizaría al principio de curso, el encuentro de formación para animadores y las reuniones de Lectio Divina de la Casa de la Biblia, sobre los Hechos de los Apóstoles.

V. Continuidad. Programación misionera.

Nuestra Misión Diocesana está pensada para dos cursos, pero qué duda cabe de que la Misión a la que el Señor nos envía como Iglesia no termina nunca. Deseamos que estos dos años signifiquen un auténtico impulso misionero; pero de nada serviría este esfuerzo si no somos capaces de seguir alentando y abonando esta impronta misionera en los sucesivos planes pastorales que se planteen en la Diócesis. Como es natural, nos tocará también reconocer y asumir debilidades, lagunas y errores que hayamos podido constatar en nuestra Misión Diocesana.

Habremos de partir, por tanto, de una honda revisión en torno a tres ejes:

-¿Cómo hemos avanzado en la conciencia misionera de la comunidad creyente?

-¿Cómo hemos hecho llegar la Buena Noticia a los más alejados?

-¿Qué estructuras estables misioneras merecen un cuidado y continuidad?

Una revisión que haremos en los últimos meses de cada curso y que constituirá la base para el futuro plan pastoral.

ANEXO

Resumen del capítulo 2 del Plan Pastoral de la CEE 2016-2020

“Una mirada compasiva a nuestro mundo”

En consonancia con las recomendaciones de los últimos papas, y teniendo en cuenta las circunstancias actuales de nuestra sociedad, vemos con claridad que hoy el ministerio pastoral tiene que centrarse en el anuncio directo de Jesucristo y de la bondad de Dios, en orden al nacimiento y fortalecimiento de la fe personal y comunitaria. Para que este anuncio sea más eficaz hay que tener en cuenta cuál es la situación cultural y espiritual de nuestros interlocutores.

En primer lugar, hemos de señalar que para anunciar la Palabra de Dios hemos de ser «contemplativos de la Palabra», pero también tenemos que ser «contemplativos del pueblo», para saber cómo presentarles de manera comprensible y atrayente, en su situación humana, el verdadero Evangelio de Jesús, la presencia salvadora del Padre celestial. El papa Francisco nos lo ha recordado vigorosamente: «La predicación cristiana encuentra en el corazón cultural del pueblo una fuente de agua viva para saber lo que tiene que decir y para encontrar el modo como tiene que decirlo».

Ya los Lineamenta para la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre «La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana», señalaban de modo orientativo una serie de escenarios para la tarea evangelizadora en el mundo de hoy, que nosotros hemos de descubrir en nuestra propia realidad bajo el paraguas ambiental de una fuerte secularización: la existencia del fenómeno de la globalización, la aparición de la sociedad de la información y de las poderosas nuevas tecnologías de la comunicación, la activación de los movimientos migratorios, la problemática ética de los avances científicos, la dolorosa y persistente crisis económica y social, el advenimiento de un mapa político complejo e inestable, etc. «La misma Iglesia ha sido tocada en modo directo por estos cambios, ha sido obligada a enfrentarse con interrogantes, con fenómenos que han de ser comprendidos, con prácticas que deben ser corregidas, con caminos y realidades en los cuales ha de infundirse en modo nuevo la esperanza evangélica».

He aquí, en síntesis, los rasgos que nos parecen más importantes en la descripción de la cultura dominante y de la mentalidad más extendida hoy en nuestra sociedad.

A.1 Poca valoración social de la religión.

Buen número de personas, familias y grupos, y por supuesto las instituciones públicas y políticas, prescinden habitualmente de cualquier referencia religiosa por considerarla inútil e infundada. Entre nosotros, no pocos entienden la no confesionalidad del Estado como una secularización global de toda la sociedad. Cada vez más la mentalidad de nuestros conciudadanos, también de no pocos cristianos, y especialmente de las generaciones nuevas, se va haciendo pragmática, mundanizada, sin referencias habituales a Dios ni a la vida eterna.

A.2 Exaltación de la libertad individual y del bienestar material.

El decaimiento y el abandono de una determinada forma de ver las cosas y de vivir los acontecimientos de la vida va acompañado, y a veces precedido, de una nueva forma habitual y difusa de interpretar y organizar la vida. Esta cultura, que se ha ido difundiendo en las últimas décadas, tiene como valor fundamental la exaltación de la libertad individual, entendida como la capacidad y el derecho a disponer de los bienes materiales y de nosotros mismos según nuestras conveniencias. El programa ético y vital de las personas, en dicho marco cultural, se reduce básicamente a estas convicciones: soy libre, tengo derecho a ser feliz, es conveniente respetar la libertad y el derecho a la felicidad de los demás. Esta valoración absoluta de la propia libertad lleva equivocadamente al convencimiento de que todo lo que deseamos es justo, y de que nuestros deseos bastan para fundar verdaderos derechos, e incluso la falsa pretensión de “rediseñar” la persona.

A.3 Predominio de una cultura secularista.

En ausencia de las suficientes referencias religiosas, la cultura dominante, que inspira espontáneamente el comportamiento de las personas y de las instituciones, es cada vez más secular, más reducida a los datos y objetivos de la vida terrena, sin tener en cuenta al Dios Creador ni a su enviado Jesucristo. Se oscurece así en la conciencia personal la cuestión decisiva de la inmortalidad y de la salvación eterna de la propia vida.

A.4 Del subjetivismo al relativismo.

Los dos rasgos más decisivos y determinantes de esta nueva cultura parecen ser el subjetivismo y el relativismo. La realidad ya no se ve primordialmente en su ser objetivo, sino en lo que es “para mí”, en lo que favorece o perjudica mis intereses y deseos. Se cumple aquello de que «el hombre es la medida de todas las cosas». El relativismo y el subjetivismo fácilmente conducen a una actitud egoísta que con frecuencia termina en el desencanto, o puede llevar también a comportamientos de verdadera crueldad, como ocurre con la legitimación del aborto que se está dando rápidamente en nuestra sociedad.

A.5 La cultura del “todo vale”.

Esta manera de pensar relativista y subjetivista que hemos señalado hace imposible la universalidad y la estabilidad de las normas morales y de los modelos de comportamiento. Se deforma profundamente la conciencia moral. Se establece como criterio moral decisivo el propio interés, los gustos y los deseos personales. Todo queda a merced de las conveniencias de quienes pueden imponer su voluntad. No hay nada que se pueda mandar o prohibir definitivamente, todo depende del momento, de los gustos sociales, de los acuerdos y las preferencias de las mayorías operantes. Los débiles, los pobres, los que no pueden hacerse notar por sí mismos quedan excluidos y no son tenidos en cuenta. Surge así una sociedad cada vez más egoísta y llena de desigualdades, la de “la cultura del descarte”, en la que se imponen los intereses de los más fuertes.

A.6 Nuestra propia responsabilidad.

En el proceso de descristianización que afecta a la sociedad y cultura de nuestro tiempo, han influido sin duda causas objetivas, independientes de nosotros, como son los cambios cultura-

les y la creciente comunicación y globalización de las ideas y de las formas de vida. Aunque, como hemos dicho, nuestra libertad es limitada por ser libertad de la criatura, no podemos pensar en procesos fatalistas ni en mutaciones inevitables, ni para el bien ni para el mal. Todo llega a ser el resultado de acciones y omisiones de las cuales cada uno debe sentirse responsable.

A.7 Razones para la esperanza.

Vemos también muchas más realidades positivas y buenos sentimientos que Dios, con su gracia y la acción del Espíritu Santo, hace crecer en los corazones de los hombres. No podemos dejarnos dominar por el pesimismo. Sería pecar contra la confianza en Dios. «¡No nos dejemos robar la esperanza!»

La razón fundamental y decisiva para nuestra esperanza es la fidelidad y el amor de Dios. Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen a la felicidad de su gloria (cf. 1 Tim 2, 4). Esta fe es la razón suprema de nuestra confianza.

Por otra parte, Dios sana constantemente la vida del mundo y enriquece sin cesar la vida de nuestras Iglesias. En ellas crecen nuevas realidades e iniciativas con sinceros deseos de fidelidad evangélica, de renovación personal y eclesial, de vida santa de oración y apostolado.

Dios no cesa de actuar en el mundo para el bien de sus hijos. Entre estos últimos destacan la creciente valoración de la dignidad de la persona humana, el gusto por la libertad, la exaltación de la solidaridad, la experiencia de la unidad del género humano, la rebelión contra la injusticia y la intolerable pobreza de tantos millones de personas, el amor y el cuidado de la naturaleza, la casa común del ser humano y regalo de Dios, que el papa en su encíclica *Laudato si'* nos invita a vivir y fomentar desde la Doctrina Social de la Iglesia. Estas actitudes pueden favorecer el descubrimiento del valor perenne y definitivo del Evangelio de la salvación de Dios.

Por otra parte, la misma experiencia del mal que sufre el hombre

cuando se aleja de Dios puede preparar una reacción de arrepentimiento y auténtica religiosidad. Con su buen sentido, mucha gente está ya viendo cómo el abandono de la Ley de Dios no trae la felicidad, sino que aumenta el sufrimiento.

La saturación de mundanidad despierta en muchos la necesidad de vivir y pensar de otra manera. Se percibe en no pocas personas hastío, desencanto, confusos deseos de una vida mejor, más consistente, más limpia, más de acuerdo con los deseos profundos del corazón. Especialmente entre los jóvenes, este sentimiento de insatisfacción y protesta, si sabemos interpretarlo y encauzarlo, puede ser también un camino para el descubrimiento y la alegre acogida del mensaje del Evangelio. La crisis ha hecho ver a muchos que la vida sin Dios se deteriora sin remedio.

A.8 Realismo y confianza: testigos de misericordia.

El punto central de nuestro trabajo pastoral está hoy en ayudar a la gente a recuperar la memoria de Dios, el reconocimiento de su existencia y de su providencia salvadora como algo primordial para el bien y la autenticidad de la vida humana.

El reconocimiento de la soberanía y primacía de Dios es la clave para la recta comprensión y el pacífico desarrollo de la humanidad.

En cualquier caso, la verdadera razón y la motivación profunda de la conversión misionera que Dios nos pide por medio de su Iglesia es el amor a Dios, a Jesucristo y a nuestros hermanos. En el servicio decidido a la evangelización vemos la primera exigencia de nuestra fidelidad a la responsabilidad de los obispos como sucesores de los Apóstoles.

A.9 Fieles a la misión recibida del Señor.

Con la confianza puesta en el Señor, hacemos nuestras las palabras del papa: «Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!»

En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia».

A.10 Donde está la desilusión, sobrepasa la esperanza.

En resumidas cuentas, un examen humilde y sincero de la situación espiritual de nuestro pueblo, hecho y valorado con ojos cristianos, nos obliga a reconocer el empobrecimiento religioso de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad. Ha disminuido mucho el número de creyentes practicantes, ha aumentado el de los indiferentes, especialmente entre las generaciones más jóvenes, las normas y los modelos cristianos de comportamiento son preteridos cada vez con mayor facilidad, la institución familiar y la defensa de la vida se han deteriorado profundamente, nos falla la educación religiosa efectiva de muchos niños y jóvenes, la corrupción moral está muy extendida en la sociedad, han aumentado las desigualdades sociales, etc.

Ante este panorama no podemos quedarnos indiferentes, ni tampoco dejarnos dominar por el miedo, el pesimismo o el desánimo,

sino que tenemos que reaccionar tratando de ser más fieles a la misión recibida por el Señor, analizando con la mejor voluntad las causas de esta situación y las necesidades de nuestros hermanos, revisando nuestra manera de actuar y modificando lo que haga falta para superar los obstáculos de la fe y poder anunciar el Evangelio de Jesús con más eficacia.

Nos sentimos felices porque las circunstancias de nuestro tiempo y la voz del Espíritu que resuena en toda la Iglesia nos invitan a centrar las preocupaciones pastorales en los puntos principales de nuestro ministerio: el servicio directo a la fe y a la renovación de la vida cristiana mediante el anuncio de «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado». Queremos que nuestras Iglesias sean efectivamente Iglesias abiertas, acogedoras, compasivas y sanadoras, que hagan presente en nuestro mundo, con amor y humildad, la misericordia de Dios y la alegría de sus promesas de vida eterna.



DIÓCESIS DE
ALBACETE